

EL ACADÉMICO ILUSTRADO JOSÉ ISIDORO  
MORALES Y EL PENSAMIENTO SOBRE  
LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES

Por MANUEL JOSÉ DE LARA RÓDENAS

Excma. Sra. Directora de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Excmo. Sr. Secretario Primero, mi querido José Antonio Gómez Marín, que con tanta amabilidad ha hecho mi presentación y a quien quiero agradecer tan bellas palabras.

Excmos. Sres. Académicos.

Excmo. Sr. Rector Magnífico de la Universidad de Huelva.

Queridos profesores, compañeros, amigos, señoras y señores.

Cuando, en 1995, me senté por primera vez en la sala de investigadores de esta Real Academia y revisé los libros de actas del siglo XVIII en busca de la presencia en ellos de algunos académicos ilustrados procedentes de la actual provincia de Huelva, en especial la del gramático, economista e historiador Miguel Ignacio Pérez Quintero, qué lejos estaba yo y (lo que es más significativo aún) qué lejos estaban todos de que algún día iba a poder tener el emocionante e inmerecido honor de compartir corporación con aquellos otros académicos correspondientes de Huelva que formaron parte hace más dos siglos de uno de los focos más importantes de la Ilustración española, como bien demostró Francisco Aguilar Piñal en su tesis doctoral y hoy es unánimemente reconocido.

Porque es emocionante poder doblar en dos el plano del tiempo y encontrarme de pronto casi cara a cara, aunque con

evidente distancia en tiempo y sabiduría, con Antonio Jacobo del Barco y Gasca, el vicario de Huelva y probablemente por el volumen y variedad de su obra el padre intelectual del siglo XVIII onubense, que legó a esta Academia en su testamento los manuscritos inéditos resultantes de su erudición, aunque no pudo venir mucho a las sesiones (que entonces tenían lugar en el Real Alcázar) dado que, según decía por carta en 1774, padecía desde hacía 28 años “una tos convulsiva habitual que desde el año 45 no me ha permitido dar una vuelta a esa mi amada ciudad”. O con Sebastián Antonio de Cortés, natural de Almonaster la Real, que fue secretario de esta Academia durante 24 años (otros tantos le deseo al actual secretario primero), de 1754 a 1778. O con Miguel Sánchez López, cura de Chucena, gran polemista y autor de numerosas disertaciones de materia eclesiástica, entre las que lamentablemente se ha perdido la titulada “Si un cuartillo de leche con alguna miel se opone a la observancia del ayuno”, de 1771, que me hubiera gustado mucho haber podido leer. O con el catedrático de filosofía José Rodríguez González, de Huelva, de quien sólo nos queda una oración gratulatoria en que afirmaba también en 1771 que el fin de esta Academia era (y en parte es) “desenvolver el caos de la antigüedad, descubrir el orden legítimo de los hechos, disipar las nieblas que ofuscan la verdad en los siglos más distantes, distinguir las ficciones que ha introducido en la serie de los tiempos la licencia y el amor de la novedad, notar las causas de las revoluciones, indagar las fuentes de los intereses públicos y de la común felicidad, reparar los daños que el poco discernimiento ha producido en las ciencias, y quitar a la razón los obstáculos que pueden detenerla en el camino de la verdad”. No es poco reto el que plantea a la Academia, desde luego. O con el ya citado Miguel Ignacio Pérez Quintero, el libertino de Trigueros, a quien la Inquisición incautó los bienes y desterró de Huelva, muriendo pobre en Aranjuez después de haber dejado una notabilísima obra impresa en varias ramas de la historia, de la economía y aun del arte de podar las viñas de forma instruida. O, finalmente, con José Isidoro Morales, el pedagogo y matemático de Huelva, canónigo en la catedral de Sevilla, en la que fue compañero de alguno de estos rostros que nos contemplan desde los cuadros, especialmente el de Alberto Lista, que fue director

de esta Academia, con quien compartió afrancesamiento y luego exilio, aunque Morales no regresó de París, donde murió en 1818 y donde está enterrado bajo una lápida de jaspe. De estos seis académicos, tres de ellos (Antonio Jacobo del Barco, Miguel Ignacio Pérez Quintero y José Isidoro Morales) han sido honrados por la Universidad de Huelva al rotular con sus nombres sendos edificios emblemáticos del Campus de El Carmen.

Llegado aquí, y después de esta breve introducción, permítanme que les traiga una cita sacada de la literatura, aunque más parece sacada de la vida, y que tengo siempre presente. Dijo don Quijote al grupo de pastores que le rodeaba, en el capítulo 58 de la segunda parte del libro de Cervantes, que “entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento”. Si eso lo dijo, y procuró no caer de esa cojera, por la comida que le sirvieron, qué no tendré yo que decir ahora a esta Academia, que me honra con incluirme entre sus miembros, lo cual ha de achacarse más a su generosidad que a mis pequeños méritos, y que me permitirá compartir sesiones y trabajos con académicos de justo prestigio en diversos ámbitos de las ciencias y artes humanas, algunos de ellos profesores míos en la Universidad de Sevilla. Gracias, por tanto, a esta Academia, a la que espero saber corresponder, pues ésa es la función del correspondiente, tener correspondencia, en su sentido literal y más genérico, y ante la cual me comprometo hoy solemnemente a no suscribir nunca a partir de ahora aquellos por otra parte bellos versos que Rubén Darío incluyó en su “Letanía de Nuestro Señor Don Quijote” y que decían:

De tantas tristezas, de dolores tantos,  
de los superhombres de Nietzsche, de cantos  
áfonos, recetas que firma un doctor,  
de las epidemias de horribles blasfemias,  
de las Academias,  
líbranos, señor.

Justo es mencionar a José Antonio Gómez Marín, mi paisano y desde ahora compañero, sabio en tantas cosas, que me ha ruborizado exhumando piezas de mi vida de las que ya casi no me acordaba, porque sé de su ímpetu para que la provincia de

Huelva esté presente en la Academia, a fin de seguir la estela de nuestros predecesores ilustrados, con alguna tos menos, pero con el mismo amor a las buenas letras. Y permítanme aquí también dar las gracias a mi Universidad de Huelva, ya que academia y universidad pertenecen al mismo Sistema Andaluz del Conocimiento, y ya que el Sr. Rector, mi querido y admirado amigo, ha tenido la deferencia de querer acompañarnos, porque mis humildes trabajos de Historia cultural no hubieran sido nada sin el clima y el poso de la Universidad como institución y como suma de compañeros y colegas en inquietudes y desvelos.

Dicho esto, quisiera dirigirme a ustedes, en este discurso, para hablarles de uno de esos seis intelectuales de Huelva que formaron parte de esta Real Academia durante el siglo XVIII, José Isidoro Morales, a quien mencioné anteriormente, que ingresó en la corporación el 12 de septiembre de 1789, el mismo año en que alcanzaba el doctorado en Teología en la Universidad Literaria de Sevilla y que ingresaba en la Sociedad Patriótica Sevillana, que a la sazón compartía sede con la Academia. Probablemente no pueda decirse ya hoy que José Isidoro Morales sea un desconocido, al menos no con el desconocimiento casi absoluto en que se encontraba hasta hace algunos años, más allá de quienes inevitablemente habían encontrado su nombre transitando por los escritos matemáticos de fines del siglo XVIII y principios del XIX o por las largas listas de los afrancesados. En 2001, de hecho, se reeditaba por primera vez en español desde hacía más de dos siglos su obra de mayor significación, la *Memoria matemática sobre el cálculo de la opinión en las elecciones*, y en 2008 Manuel Peña Díaz analizaba y daba a la luz la reedición de su *Memoria sobre la libertad política de la imprenta*, que inspiró el proyecto presentado luego por Agustín de Argüelles en las Cortes de Cádiz. En los últimos años, por tanto, se han acumulado algunos materiales que tratan de colocar a Morales en el sitio que le corresponde en algunas de las disciplinas que practicó, aunque aún pocos saben que este clérigo ilustrado, nacido en Huelva en 1758 y muerto exiliado en París en 1818, fue un intelectual versátil que escribió sobre varios de los temas científicos, educativos y políticos de mayor actualidad de su momento, y que se interesó por casi todos.

No es, sin embargo, del matemático, ni del pionero en la introducción de la libertad de imprenta en España, ni del doble doctor en Filosofía y Teología, ni del canónigo de Sevilla afín al gobierno josefino, a quien aquí quiero abordar, sino del tratadista sobre la educación, especialmente en lo tocante a la instrucción de las mujeres, ámbito que sólo ha sido estudiado brevemente por Luis Miguel Lázaro Lorente en 1984 en las actas del *III Coloquio de Historia de la Educación*. En verdad, por el número de obras escritas (cuatro), el ámbito educativo parecía conformar una de las grandes preocupaciones de Morales. A lo largo de su vida dedicó al tema de la enseñanza un *Discurso sobre la educación* pronunciado en la Sociedad Patriótica Sevillana, un *Discurso sobre la Historia de los establecimientos de enseñanza*, un *Discurso [...] en la abertura de los primeros ejercicios literarios que tubieron los Cavalleros Pajes de S. M.* y, especialmente, un *Comentario... al Exc. Señor D. Joseph de Mazarredo sobre la enseñanza de su hija*, escrito originalmente en latín en 1795 y publicado al año siguiente en latín y castellano, que es la obra más relevante de las cuatro y la que dio pie al autor a reflexionar en torno a la educación de la mujer y a ciertos conceptos relativos a la construcción del modelo femenino ilustrado, que es de lo que aquí quiero tratar.

No entraré en pormenores sobre las relaciones intelectuales y afectivas entre Mazarredo y Morales que explican el origen del *Comentario*. Realmente, la obra se generó en los salones y tertulias académicas de Madrid, ciudad en la que José Isidoro Morales desempeñaba desde fines de 1793 el cargo de profesor de matemáticas de los Pajes del Rey. El bilbaíno José Francisco de Mazarredo y Salazar, por su parte, era hacia 1795 una de las figuras más conocidas y prestigiadas de la Armada, que había alcanzado por medio de sus actuaciones en las guerras contra Argel, Inglaterra y Francia los honores de jefe de escuadra y, en 1789, de teniente general. Probablemente se habían encontrado en los ambientes náuticos de Sevilla y Cádiz, cuando Morales comenzaba su acercamiento a las matemáticas y a los cálculos de navegación y ya Mazarredo tenía a sus espaldas una larga y brillante trayectoria teórica y práctica en tales materias. De esta relación, socialmente muy fecunda para el onubense, que-

daron los dos mutuamente influidos: Morales fue llamado por el Ministerio de Marina para colaborar en la *Colección de tablas para varios usos de la navegación* de José Mendoza Ríos, que constituye una de las obras más monumentales de la época, y Mazarredo profundizó en sus inquietudes sobre el estado de la educación, promoviendo una campaña en 1801 para favorecer e institucionalizar en España la enseñanza de los sordomudos, de acuerdo con los avances que en este sentido había llevado a cabo en París el abate Sicart. En el contexto de esta relación, y tras la petición por parte de Mazarredo de consejo acerca de la educación de su hija Juana (Juanita), Morales redactó para su uso privado un comentario en latín. La redacción en latín fue firmada en Madrid a 15 de abril de 1795.

Juana Josefa de Mazarredo y Moyúa, de quien hay un retrato de niña atribuido a Goya que se encuentra hoy en la Colección de Electra Havemeyer de Nueva York, tenía entonces diez años y era la destinataria, en último término, de los conceptos y reflexiones que Morales introdujo en el *Comentario* acerca de la educación en la mujer. El hecho de que la obra estuviera originalmente redactada en latín y luego saliera a la luz pública en edición bilingüe supone una paradoja de partida, quizás jocosa, pues no en vano el núcleo de la obra es precisamente el combate contra la enseñanza del latín, especialmente a las mujeres, y por ende del formato escolástico de la enseñanza del momento. Morales mismo se hace eco de esta contradicción y se dirige a José de Mazarredo para advertirle que “formar un escrito latino para disuadir a V. E. del intento de enseñar latín a su hija, le parecerá tal vez muy extraño pensamiento”, aunque “es cosa que hago de propósito”, para que no se entienda nacida de “la poca estima que haga de una lengua a que he sido siempre extremadamente aficionado”. La paradoja se amplía por cuanto los títulos que le avalaban eran los de maestro en Artes y doctor en Teología, alcanzados en la Universidad Literaria de Sevilla en los años 1776 y 1789, a lo que sumaba su condición de presbítero. Probablemente fueron la profunda conciencia del atraso en que se encontraba la universidad española y la experiencia del anquilosamiento del pensamiento escolástico, vivido desde cerca, los factores que hicieron que José Isidoro Morales fuera acercándose al es-

tudio de las matemáticas como medio de incorporarse de pleno al nuevo espíritu científico y como forma de revolverse contra la enseñanza especulativa, que había conducido a la juventud española de fines del siglo XVIII a lo que él llamaba el “extravío de sus talentos, y malogramiento de su educación”, además de “una profunda ignorancia de todo lo que nos rodea, y del verdadero camino del saber; y un disgusto y torpeza para pensar”, como afirmaría en su *Discurso sobre la educación* de 1789.

Es obvio, pues, que José Isidoro Morales concibió el cambio intelectual que había experimentado él mismo en esos años en puros términos de conversión. Así, como arco formero de su desprecio contra la educación universitaria tradicional y, en general, contra todo tipo de enseñanza arraigada en la lógica especulativa, el presbítero onubense clamó desde el principio con toda violencia contra la enseñanza del latín, a la que consideraba un símbolo de la incapacidad del sistema educativo para adaptarse a los nuevos tiempos. Como decía en el *Discurso* de apertura de la Casa de Pajes en 1794, del que hay copia en la Biblioteca Colombina y en el Archivo Histórico Nacional, era absurdo “aprender una lengua muerta que no existe sino en los libros, y cuyo estudio sería oy un objeto de pura curiosidad si las naciones que inundaron la Europa y abolieron en las provincias el nombre y la literatura romana se hubieran dedicado más bien a perfeccionar su lengua propia, hasiéndola apta para las ciencias, que a corromper y remedar tosca y bárbaramente el idioma latino”.

Menos de un año después, y aunque el escrito se abría con una cita latina de Ovidio, el *Comentario* sobre la educación de la hija de Mazarredo insistiría en la condena del latín al considerarlo, además, “cosa harto agena y distante de la educación y ocupaciones propias de una señora”. La afirmación, coherente con su opinión de que eran “muy diferentes la educación del hombre y de la muger, como lo son los cargos y obligaciones que ha de desempeñar cada uno”, no debía entenderse tan sólo en clave de inferioridad de la instrucción femenina: el latín era inútil para la mujer porque también lo era -decía- para la mayor parte de los hombres. De hecho, no ocultaba Morales sentir estima “de una lengua a que he sido siempre extremadamente aficionado”, pero “a la que he dedicado quizás más tiempo del que

fuera razón”. Este alegato, claro, no era nuevo. A fines de siglo ya habían sido muchos los que habían arrimado esfuerzos hacia esta misma trinchera, comenzando por denunciar la degeneración y deficiente uso del latín de las universidades y terminando por clamar a favor de las lenguas nacionales como instrumentos de comunicación científica. Jovellanos, razonando como Condillac, hablaba en iguales términos que José Isidoro Morales cuando, en carta al doctor Prado, catedrático de derecho de la Universidad de Oviedo, le preguntaba retóricamente: “¿Hay por ventura mayor absurdo que enseñar las ciencias en una lengua extraña? No condeno el estudio de la lengua latina, que aprecio, y que tal cual vez hace mis delicias... Mas ¿por qué se ha inferido... que esta lengua debe ser el instrumento de toda enseñanza? ¿Y por qué la España no ha creído, como otras naciones, que la suya es, no sólo buena, sino la mejor para dar y recibir las ideas científicas? ¿Podrá ponerse en duda la ventaja de expresarse en aquella lengua que el más idiota conoce, por lo menos, mejor que no el más sabio la latina?”.

En general, la obra sobre la educación de la hija de Mazarredo, vista independientemente de las circunstancias de que surgió, puede decirse que tomaba la forma de un breve tratado pedagógico sobre cómo construir intelectualmente un modelo prudente de mujer perfecta, “muy siglo dieciocho”, en que Morales vertía algunos tópicos al uso en torno a la naturaleza y funciones del sexo femenino. Aunque la subordinación a que somete la educación de la mujer respecto a las exigencias de su tarea familiar constituye realmente la horma que sujeta la obra y le impide ser más audaz, no puede decirse que José Isidoro Morales tenga un concepto constreñido de lo que es una joven instruida. Es cierto que hay pasajes en que, en mitad de una reprobación hecha hacia los pedantes, puristas y casticistas de la lengua, el autor se deja arrastrar por la caricatura que el siglo hizo de las mujeres sabiondas, ridículas y aun varoniles, desaconsejando “que se atormente y oprima con unos estudios tan porfiados y molestos la debilidad y delicadeza del otro sexo”, en lo que sigue casi textualmente a Montesquieu cuando éste señalaba, años antes, que “ocuparse del marido, de los hijos, de la casa, provee e impone tantos deberes que sería cruel agobiar a las mujeres con otras preocupaciones”. De lo que se trata es de impedir que se conviertan en “latinas y eruditas”, lo cual

podía lograrse, entre otras cosas, desviándolas del estudio del latín y conduciéndolas hacia el de la música, como después se verá, “pues aprenderá no sólo a bailar, como parte que es de una noble educación, sino también el canto y la música por principios del mejor gusto”. No sería justo decir que Morales relega a la mujer al exclusivo ámbito de la música y el baile, porque luego añadirá otras enseñanzas, pero sí puede afirmarse que el onubense tiene muy clara la imposibilidad de una intersección entre las esferas de los dos sexos, con la idea permanente de que el mayor peligro de la mujer, como dijo Moratín, es convertirse en una preciosa ridícula y de que el mayor pecado del siglo XVIII es la pedantería, mucho más grave en la mujer que en el hombre:

Quando V. E. partió de aquí para tomar el mando de la esquadra, ya la señorita solfeaba harto bien, y se acompañaba con el clave; pero el progreso que ha hecho en este tiempo déxolo de decir, porque quiero lo vea V. E. por sí mismo quando vuelva. Entonces, a fe mía, sentirá V. E. más placer y recreo en oír cantar a su hijita, que si la hallase transformada en una culta latiniparla. Porque no sé qué tiene para las mugeres el estudio del latín, que las hace no sólo frívolas e importunas, sino también desdeñosas y chocantes. Pues apenas saben relatar en latín quatro sentencias triviales, a todo quieren lucirlo, y son eternas parleras y decidoras. Siempre están haciendo las do[c]toras y bachilleras, estudiando en la conversación agudezas y conceptillos, afectando además la gravedad de los hombres eruditos; por lo menos hacen mérito y gala de imitarlos en el gesto, en el tono de la conversación, y en todos sus movimientos. Y como el latín, por más que hagan las mugeres, no puede menos que darles ciertos visos de hombre, de ahí es que por lo común los de mejor y más fina educación rehusan el trato y comunicación con estas latinizantes, como la cosa más fa[s]tidiosa y pesada del mundo. No hay hallar en ellas una pizca siquiera de aquella naturalidad y festiva suavidad que hace el principal mérito de las mugeres: a las quales si se les quitase esto, sería poco menos que desterrar todo gusto y recreo de la sociedad humana.

Rehén de un concepto de la mujer ya añejo en las fechas en que escribía, y llevado del deseo de combatir la enseñanza del latín por salir en defensa de una renovación en los contenidos de la educación, este párrafo es probablemente el más expresivo en intención y estilo, pero no es el más representativo del conjunto del tratado, contemplado desde arriba. Puestos a examinar uno a uno los contenidos que Morales propone para la instrucción de la mujer, resulta que una educación aconsejable reúne muy variadas disciplinas, que él agrupa en dos grandes conjuntos: las del entendimiento y las del cuerpo, que él tiene en mayor estimación, aunque en ellas engloba habilidades de tipo doméstico y no actividades físicas, pese a la denominación que utiliza.

Las disciplinas del entendimiento, que en conjunto resultan las de mayor modernidad y brío intelectual, bien pueden sintetizarse en los puntos que siguen:

- “Convendrá instruir y exercitar a nuestra Juanita en la gramática”, aunque únicamente con el fin de explicar lisa y llanamente sus pensamientos, utilizando el idioma con “simplicidad, gracia y natural hermosura”, pues la “ambición en el arte de decir la he reducido al único mérito de la claridad y del decoro”.
- “Aprenderá después el francés y el italiano” o, al menos, una de estas lenguas, contra la opinión de los escolásticos, “cuyos delicadísimos oídos no podrían sufrir cosa que hubiese venido de Francia, Inglaterra o Italia, aun quando haya venido con las ciencias y artes que nos han comunicado aquellas naciones, y aun con el arte mismo de pensar que de ellas hemos tomado”. Si el latín puede dominarse en tres o cuatro años de estudio, dice Morales, para el aprendizaje de estas lenguas podrá emplearse menos tiempo.
- “Se le hará también exercitar la memoria en aprender de coro muchos lugares de nuestros escritores y de los extranjeros”, huyendo de lo erudito, pues “la naturaleza y el ingenio sin el aparato de la erudición las hacen a veces más brillantes que a nosotros el ingenio y doctrina juntos”, y promoviendo la imitación -a pesar de su combate contra el escolasticismo- como método de sabiduría literaria para

las mujeres, dada “la mayor facilidad que las mugeres tienen para imitar y remedar qualquiera cosa”. - “Deberá otrosí nuestra discípula tomar algún conocimiento de la historia y leer los poemas” (que agrupa en una misma categoría, así como la novela) y, para culminar, si así se desea y se quiere que parezca una profesora, se le enseñarán “algunas nociones de Lógica y de Física”, tomadas de los libros de Almeida y de Condillac, para que “aprenda de éste el sistema y origen de nuestras ideas, y las leyes del raciocinio; y diviértase con el otro en sus *Recreaciones Físicas*”.

Este Almeida que recomienda es el portugués Teodoro de Almeida, autor de una *Recreación filosófica* (no física, como escribe Morales) o *diálogo sobre la filosofía natural para instrucción de personas curiosas que no frecuentaron las aulas*, obra en seis tomos editados en español en 1785-1787 que causó mucho impacto por trastocar los fundamentos de la física aristotélica. Es sintomático, además, que recomiende a la hija de Mazarredo, que entonces tenía diez años, la lectura de Condillac para el estudio de las leyes de la razón, probablemente a través de su *Essai sur l'origine des connaissances humaines*, de 1746-1754, ya que el de Grenoble pasa por ser el introductor del sensualismo en la filosofía francesa, para el que todas las experiencias psíquicas proceden de percepciones sensibles, siendo una de las fuentes intelectuales que anticipan el pensamiento romántico. Es evidente, por tanto, que Morales no sólo aprovecha su pequeño tratado pedagógico para criticar el lenguaje y los métodos del sistema escolástico sino que propone lecturas que ayuden a desmontar la estructura del conocimiento especulativo.

En verdad, las lecturas que Morales establece para la mujer bien instruida no son pocas ni cicateras, fundamentalmente en cuestiones literarias, y a la hora de elegir prefiere siempre las de autores españoles, habida cuenta “los muchos maestros del idioma que han florecido en nuestra España” y que sólo los que ha producido el Siglo de Oro “en el número vencen a los latinos, y en el arte me parece que a lo menos los igualan”. Entre los clásicos de tres siglos, y reuniendo la novela, la poesía y el teatro, la

hija de José de Mazarredo debería leer por supuesto El Quijote, y seguir por Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, Esteban Manuel de Villegas y, fuera de España, Pierre Corneille, Jean Racine, Molière y Pietro Metastasio, “inmortal y divino”. “Porque, a fe mía -concluye-, ninguna razón tienen los que creen hallar mayor utilidad y deleyte en los versos griegos y latinos, que en los españoles, franceses e italianos”. De hecho, no recomienda ni a latinos ni a griegos, contra la opinión de muchos.

Esta breve y típica selección de autores que hace José Isidoro Morales, donde se prima la claridad del estilo y se huye de la afectación barroca, es, en parte, la que propuso Ignacio de Luzán en su *Poética* de 1737 y que compartió la mayoría de los escritores de la España ilustrada. Como recuerda Aguilar Piñal, defendiendo la filiación neoclásica de la literatura española de la época, “tan neoclásico será, por tanto, quien imite a Horacio como quien tome por modelo a Garcilaso, Villegas o Fray Luis de León”. De hecho, “para Luzán, como para todos los poetas neoclásicos españoles, los maestros indiscutibles eran castellanos, en especial, Garcilaso y Fray Luis de León. Las poesías del segundo, editadas por Mayans, ven la luz en 1761 y las del primero, por Nicolás de Azara, en 1765. Éstas van a ser las paredes maestras del edificio neoclásico español”. Por su parte, el impresor Antonio de Sancha, pariente de quien regentaba el establecimiento donde apareció el *Comentario* de Morales, había editado en 1774 con gran éxito las *Eróticas* de Villegas, modelo de los poetas más innovadores de la época, aconsejado llamativamente para la instrucción de una niña de diez años, lo que da cuenta del talante a veces audaz del presbítero onubense. En cuanto a Pietro Metastasio, sus canciones, oratorios, obras de teatro y libretos de ópera son traducidos con suma frecuencia (Ibarro, García Malo, Maruján, Céspedes) y están omnipresentes en los cenáculos literarios del momento, como le sucede también a las obras de Molière y Racine, probablemente los autores más vertidos por entonces al español.

En todo esto rebasa José Isidoro Morales a muchos de sus contemporáneos, que describen para la mujer límites intelectuales más rígidos y dependientes de sus funciones domésticas. Pese a que el siglo XVIII se preocupó en líneas generales de la

instrucción femenina siguiendo la estela dejada en 1687 por el *Traité de l'éducation des filles* de Fénelon, pocas veces fue más allá de la exaltación de las “virtudes naturales” de la mujer o del perfeccionamiento de ésta en las habilidades y “obligaciones que ordinariamente están anexas a su condición; esto es, cuidar de la economía de la casa, del gobierno de los criados y de la instrucción de sus hijos”, como refería Hervás y Panduro en su tratado sobre la *Vida del hombre*. De hecho, los más conocidos representantes de la Ilustración en Francia gustaron de insistir en que la mujer debía circunscribirse a su maternidad y al cultivo de su propia docilidad, pues “han nacido -decía Voltaire- para agradar y para ser el adorno de las sociedades”. En el fondo, la mayoría de los escritores ilustrados consideraron que su pensamiento pedagógico sobre la mujer formaba parte de un programa más amplio de adecuación de la vida social a las exigencias de la condición natural, y era en nombre del imperio de la naturaleza como, por ejemplo, Rousseau escribía que “toda la educación de las mujeres debe ser relativa a los hombres. Complacerlos, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos, criarlos de jóvenes, cuidarlos de ancianos, aconsejarles, consolarlos, hacerles agradable y dulce la vida: éstos son los deberes de las mujeres en todas las épocas, y lo que han de aprender desde la infancia”.

Morales es heredero de algunos de estos *tics* y los reproduce a menudo con convicción y naturalidad, aunque no comparte en su raíz una visión tan claustrofóbica de la mujer y su esfera de influencia, pensando menos en la madre que ha de dominar con maña las riendas del recinto familiar que en la señorita que debe manejar las reglas de urbanidad de la vida social elegante, que es el ámbito donde él encuentra a la hija de Mazarredo y en el que describe y alaba varias veces a su madre, María Antonia de Moyúa. Se deja sentado, sí, en cuanto a lo primero, que “las que han de ser madres de familia, por muy ilustres que sean, deben tener la ciencia, por decirlo así, de todas las haciendas y labores domésticas”, porque “en el gobierno de una casa y cuidado de una familia hay tanto que saber, que puede llamarse muy bien una ciencia metódica”, pero en seguida se pasa a otro tipo de existencia más amena: la de “las nobles modales, artes y habilidades del cuerpo”.

Éste es el segundo de sus grandes bloques educativos, en el que entran los conocimientos domésticos que una mujer debe tener por “utilidad y conveniencia” y aquellas otras prácticas asumibles por “diversión y recreo”, que engloban los juegos de salón y otras diversiones “indispensables y necesarias” (como el teatro) y todos aquellos recursos del vestido y acicalamiento personal en que ha de condescender “con los estilos y usos del tiempo”, porque “no se educa para un claustro, o para hacer en casa una vida oscura, sino que habrá de parecer y presentarse entre las gentes”. En cualquier caso, el modelo femenino es siempre el de la mujer prudente y equilibrada, que “sabe juntar la honestidad con la elegancia, porque ni gusta del desaliño, ni de la demasiada afectación en el adorno”, pues “se tiene por mérito y gracia en las gentes nobles y ricas lucir más bien con el aseo y la elegancia que brillar con costosa suntuosidad”.

Y ya que tocamos del vestir, no sería pequeño ahorro, según el punto a que esto ha llegado el día de hoy, que sin necesidad de artífices ni modistas, supiese trazar, cortar y acomodar sus trages y vestidos, y también bordarlos. Convendría asimismo que supiese componerse el cabello, y armar y disponer por sí misma tantos atavíos y requisitos de la noble elegancia, cuyo catálogo y nomenclatura es imposible apurar, no digo yo hablando en latín, pero aunque escribiese en español. Porque son tantas las invenciones e industrias que cada día salen, unas para vestirse, covijarse, rebozarse, faxarse; otras para forrar, para guarnecer, para enlazar, para ligar, para estirar, para ahuecar, y para no sé qué más; que aunque les llaman las mugeres vagatelas, no es vagatela por cierto lo que cuestan. Y no hago mención de los demás agregados y como apéndices de la moda, en que entran los moños y las cintas, los encaxes y las redes, los flecos y faralaes, los gusanillos y lentejuelas, los gorros y los prendidos, las piochas y alfileres, y otras mil oportunas graciosidades y recursos para agradar.

No cabe duda de que Morales, como espectador, se había dejado seducir en Madrid por los afeites de la moda. Qué lejos

quedan estos consejos, dictados en pleno goce de la vida social, de aquellas otras advertencias que pedagogos, moralistas y predicadores graves hacen entonces sobre los peligros del tiempo y la atención que dedican las mujeres “al espejo, a las visitas y diversiones excesivas”, como decía Pedro de Calatayud en sus sermones. Consciente de la convenida necesidad de exhibición en la vida pública que tienen las hijas de la buena sociedad culta, Morales aconseja a Mazarredo que su hija se ejercite en el baile, como práctica de noble educación, y que por buen gusto estudie canto y música. De hecho, la hija de Mazarredo “solfeaba harto bien y se acompañaba con el clave”. Y dice Morales, obsesionado con la misma idea de siempre: “Sentiré V.E. más placer y recreo en oír cantar a su hijita, que si la hallase transformada en una culta latiniparla”. El escenario en el que todo esto debe suceder es, lógicamente, el de los salones donde se practica esa sociabilidad del buen gusto. En el propio *Comentario* hay una curiosa alusión a la estancia de Morales en uno de los salones de la buena sociedad madrileña (el del también marino Alejo Gutiérrez de Rubalcava y Medina), en el que la esposa de Mazarredo, María Antonia de Moyúa, tocó al piano algunas composiciones de Haydn:

Se empeñaron todos en que mi Sra. D.<sup>a</sup> María Antonia nos diese un rato de éstos que llaman de Academia: a buen seguro que a ninguno en tal caso le pidieron sus oídos sentencias ni composiciones latinas: todos clamaban por la música y composiciones de Haydn. En efecto la Señora hizo prodigios aquella noche, y pareció no sólo a mí, sino a todos que en su vida había tocado mejor. ¡Qué aplausos no dimos al inmortal genio de Haydn, y a su divina ciencia! Yo de mí confieso que admiro tanto el arte encantadora con que este músico filósofo sabe alhagar y mover los ánimos, que la trocaría de buena gana, no digo por esta tal qual posesión y facilidad que tengo del latín, sino por seiscientos Cicerones, si posible fuese.

He aquí, por tanto, a José Isidoro Morales “en un rato de éstos que llaman de Academia”, ejercitándose en un juego de so-

ciudad al que debió de ser asiduo, según se entrevé por el experto uso de la adulación que llena el pasaje. Además de la de Morales, hay otra descripción de estas reuniones en que estuvo presente la esposa de Mazarredo, si la referencia que hace John Bramsen a las tertulias de Madame Mazarredo en Bilbao pudieran identificarse con las organizadas por María Antonia de Moyúa:

Esta señora había residido algún tiempo en París, y recibido una educación superior: era una música excelente, hablaba bien el francés, y se mostraba muy atenta a los extranjeros. Madame de Mazarredo vestía según la moda francesa, y no seguía la costumbre general, excepto para ir a misa, en cuya ocasión se veía obligada a adoptar el traje del país. La señora de Mazarredo tenía *Tertulias* todos los días: pero *the most select* eran las de los domingos. Los invitados, después de saludar al ama de la casa, se sentaban en círculo y, al poco tiempo se bailaban cotillones franceses y algunas danzas nacionales, después de lo cual se jugaba a prendas.

El padre José Antonio de Donostia, en sus *Notas de musicología vasca* de 1928, reseña haber encontrado en un volumen de música encuadernado bajo el título de *Les Beaux Jours de Séville*, un zorzico vasco en compás de 5/8 denominado *Chanson et Danse Biscariene composée par Mme. Mazarredo*, de 1813, que él atribuye a María Antonia de Mazarredo, si es que no pertenece a su hija Juana, que entonces tenía 28 años. Realmente, ésta es la atmósfera que respira el *Comentario* de Morales: una reunión de sociedad, dominada por el gusto francés, en que la música ocupa el primer plano y da luego paso a los juegos y afeites de sociedad. Morales, al que puede imaginarse sentado en círculo junto a los demás invitados, resalta esa función articuladora de la música y le otorga, además, el papel privilegiado de lenguaje científico, similar al de las matemáticas, capaz de contener en sí mismo la estructura geométrica de la naturaleza. La composición de Haydn es una “divina ciencia” y éste es un “filósofo”. Tardíamente, y casi sin querer, José Isidoro Morales sostenía las mismas opiniones que había defendido

Jean-Philippe Rameau en aquel célebre debate musical que le enfrentó con Rousseau, y que hoy tiende considerarse la primera batalla entre neoclasicismo y romanticismo. Rameau, al que se le llamó en Francia el “músico-filósofo” (expresión que aquí Morales adjudica a Haydn), ya había sugerido que, “cuando pensamos en las infinitas relaciones que las Bellas Artes tienen entre sí, y en las que tienen con respecto a las ciencias, solamente se atiene a la lógica concluir que están gobernadas por el mismo principio”. Ese principio es la armonía, trasunto de las matemáticas. Tal como recuerda Maurice Cranston, “Rameau se tomó con mucha seriedad su papel de filósofo de la música. Sostuvo que el propósito de la música no era solamente el de agrandar el oído, sino también el de facilitar el conocimiento de la realidad. Los científicos habían explicado que el universo era un todo sistemático, inteligible para la razón. El objetivo de la música era proporcionar, a través del testimonio de la escucha, una ‘doble confirmación’ del orden racional de la creación”.

Por traducir a la música el espíritu metódico del siglo, Franz Joseph Haydn fue uno de los protagonistas más recurrentes de las veladas intelectuales de la época en que Morales estuvo en la Corte. En 1795, el mismo año en que el presbítero acudía a estas reuniones, Goya pintaba al Duque de Alba reclinado sobre un piano, con una partitura de Haydn entre las manos. Valentín Foronda, de la Academia de Ciencias de Burdeos, relata igualmente, en su *Miscelánea* de 1787, cómo los alumnos del Seminario de Vergara, después de sus certámenes literarios, “anegados en un torrente de placer y más contentos que los romanos en sus triunfos y que los griegos con las coronas de laurel que ganaban en los juegos olímpicos, se acercan, al dulce ruido de una sinfonía del divino Aiden [por Haydn], tocada por una numerosa orquesta, a que se les ponga un lazo encarnado, azul o blanco, cuyos colores denotan la virtud, la aplicación, los talentos”. Realmente, gustar de Haydn era una exigencia del buen gusto, tal como lo codificó el momento. Morales aplaude a Haydn por ser matemático y por cumplir con su tiempo y con su círculo sociable. Sarrailh habla de estas reuniones como compuestas de individuos que “son servidores de las musas, componen tragedias o comedias, se dan el placer de tocar o de oír sonatas de Scarlatti y de Haydn, pero se interesan igualmente por

las plantas, con las cuales hacen magníficos herbarios, por las medallas, por los cacharos antiguos desenterrados en excavaciones rudimentarias, por los nuevos descubrimientos de la electricidad o de la aerostática”.

Juana de Mazarredo, desde luego, debía ser educada en estos contextos. En realidad, existen noticias tardías de que fue así. En una carta de su descendiente Antonio de Mazarredo, a la que se refiere de pasada Donostia, aquél menciona que era Juana la que aseguraba con su presencia el éxito de las tertulias, especialmente -es de suponer- a la hora de los juegos. No hay que olvidar que Morales admitía los juegos en su programa educativo, tanto por motivos de edad como por esa natural inclinación femenina en la que él creía; eso sí, los juegos de la “sociedad decente”, y “con moderación y a sus horas”. Lo de la natural inclinación femenina hacia el juego es por ser de tal condición “que aun en la instrucción y el estudio buscan un pretexto de diversión”. De todas formas, ese equilibrio es el que garantizaría -como ya se vio- la “naturalidad y festiva suavidad, que hace el principal mérito de las mujeres”. Naturalidad contra pedantería, y festiva suavidad no exenta de sumisión al varón.

Todas estas enseñanzas, propias del entendimiento y del cuerpo, deberían ser simultáneas, no sucesivas. Deben enseñarse -dice Morales- “muchas cosas a un tiempo, lo qual, lejos de fatigar el ánimo, lo alivia y refuerza con la variedad misma. [...] Alterne, pues, la costura y el bordado con la lectura, y de ésta pase a ocupaciones de menos tedio, como el bayle y la música”. Hay que tener en cuenta que el tiempo destinado a la educación de las mujeres se supone menor que el que ha destinarse a los hombres, porque el modelo no está completo sin el gran marco que lo encierra todo: el temprano paso al matrimonio y a la maternidad. El *Discurso sobre la educación* que había pronunciado siete años antes ante la Sociedad Patriótica de Sevilla coincidió con el sorteo entre las doncellas que asistían a las Escuelas de labor de la corporación de 14 dotes, pues, como decía Morales, la educación queda incompleta si no se culminaba con “un honrado y acomodado establecimiento”.

Que Juana de Mazarredo, como consecuencia o no del programa de estudios que le sugirió José Isidoro Morales a su padre,

tuvo una educación esmerada y cumplió el papel que estaba previsto para ella lo prueban algunos testimonios que han quedado. En 1895, por ejemplo, el *Memorial histórico español* de la Real Academia de la Historia rescataba un soneto que Juana, ya al menos con 27 años, escribió a la muerte de su padre, réplica de otro que Moratín escribiera al actor Isidoro Máiquez. Es sumamente probable que Juana de Mazarredo cultivara la poesía con más asiduidad, aunque aparentemente no han quedado más muestras. Sí es posible asegurar que practicó la música, inclinación que heredó de su madre con independencia de la insistencia de José Isidoro Morales en que la musical debía constituir el centro de las habilidades sociales de la mujer. Por referencias del padre Donostia puede atestigüarse que, una vez casada con su primo Francisco Vicente de Mazarredo, dio conciertos en su casa de Bilbao y en casa de su tío el marqués de Rocaverde, en San Sebastián, veladas que tuvieron gran resonancia.

Cabe decir, a la vista de estos datos, que la familia Mazarredo era muy cuidadosa en las cuestiones de la educación de los hijos, especialmente en lo que tocaba al arte musical, y que recurrir al consejo de Morales en estas cuestiones debió de ser más el producto de un debate de salón acerca de la idoneidad instructiva del latín que el resultado de una curiosidad de tipo práctico. Eso es lo que explicaría el tono del *Comentario* y su formulación en latín como una especie de juego intelectual entre ambos. Con todo, este encargo y su puntual respuesta supusieron una valiosa oportunidad para que José Isidoro Morales vertiera en una edición bilingüe de 69 páginas unas consideraciones que ya había madurado a lo largo de sus años de contacto con las deficiencias y contradicciones de la educación del momento, conocidas de cerca por él, primero en la Universidad de Sevilla y luego en la Casa de Pajes del Rey.

En el *Comentario* a la hija de Mazarredo, en cualquier caso, José Isidoro Morales es portavoz, pese a algún altibajo, de un modelo de instrucción para la mujer que bien puede definirse como bastante menos restrictivo que el de la mayor parte de sus contemporáneos, con las limitaciones que su concepto de familia le impone necesariamente. Genéricamente, el cuadro que quiere dibujar en Juana de Mazarredo es el de una futura madre de familia que, por supuesto, domine todas las habilidades domésticas

de su condición, pero que a la vez esté instruida sin afectación en literatura y artes y se exprese con soltura y gracia en las formas de la vida sociable. Lo que busca es un equilibrio no estridente, muy neoclásico en sus modos, que consagre la supremacía del varón sin ahogar en la mujer sus condiciones naturales, que él identifica con gracia, honestidad, prudencia y naturalidad. En lo artificioso del planteamiento, muy ilustrado, me recuerda en parte a Miguel Ignacio Pérez Quintero, el historiador y economista, cuando plantea su modelo de *El podador instruido*, hombre de campo al que, iconográficamente, podría colocársele un apero en una mano y un libro en la otra. Aquí, Morales plantea una madre de familia con marido e hijos, unos ratos bordando y otros leyendo a Metastasio en italiano, y dejando enfriar el puchero sobre la partitura de Haydn. Pero con esos tópicos, y no otros, se ha construido la sociedad burguesa.

Muchas gracias.

He dicho.